

**NOE CASADO**

**INÚTIL ILUSIÓN  
TRAICIONERA**



*Inútil ilusión  
traicionera*

Noe Casado

© Noemí Ordóñez Casado, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Nobilior / 123RF  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: febrero de 2018  
ISBN: 978-84-08-18149-1  
Depósito legal: B. 771-2018  
Composición: David Pablo  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Capítulo 1



Fabio

Los entierros, como cualquier otro acontecimiento social, permiten ver a los asistentes y relacionarse con ellos. Observándolos con atención, uno puede llegar a establecer diferentes parámetros, que, como en mi caso, resultan muy útiles a la hora de elaborar ciertas teorías que ayudan a la investigación.

Llevábamos más de tres años persiguiendo a ese cabrón escurridizo. Horas de vigilancia, miles de informes, pruebas periciales, libros contables analizados al detalle y unas cuantas declaraciones de testigos que afirmaban haber visto todo tipo de irregularidades en los turbios negocios que supuestamente realizaba Ezequiel Zahner.

Y ahora el muy hijo de puta se moría de un infarto.

Yo había decidido acudir al sepelio pese a los consejos de mi ayudante, que insistía en que, si alguien cercano al difunto me reconocía, podía meterme en problemas ya que un juez instructor no debería relacionarse con el entorno del sospechoso, pero aun así había terminado acercándome para ver qué ocurría.

Me había preocupado de vestirme acorde con el tipo de personas que acudirían. Traje negro, abrigo oscuro y, por supuesto, gafas de sol tras las cuales observaba cada detalle. Lástima que no pudiera sacar el móvil y hacer unas cuantas fotografías y así luego analizarlas con todo el equipo.

Hacía frío y todos los presentes se arrebujaban en sus prendas de abrigo. A pesar de lucir el sol, las tardes de enero seguían siendo frías. Escuché, a medias, el consabido sermón del cura sobre la vida eterna y demás ventajas que aquel hijo de siete putas iba a disfrutar ahora que por fin se reunía con Dios Nuestro Señor.

—Joder... —murmuré entre dientes, al notar que el móvil me vibraba en el bolsillo.

Responder era de mala educación; sin embargo, no podía eludir la llamada, pues se trataba del teléfono del trabajo. Siempre procuraba estar conectado por si surgía alguna emergencia.

Aunque, la verdad, vaya momento. De lo más inoportuno.

Aproveché la distribución del cementerio y me alejé unos pasos, quedándome tras una de las monstruosas construcciones funerarias, de tal modo que podía seguir observando y responder.

—¿Diga? —dije en voz baja, impaciente por continuar mi labor.

—Fabio, ¿sigues jugando a los detectives privados?

Puse los ojos en blanco al oír la voz burlona de Estela, la secretaria. Y además mi exnovia. Si no me fallaban las cuentas, llevábamos más tiempo separados del que estuvimos juntos y, pese a las complicaciones iniciales, habíamos logrado establecer una buena relación laboral. Claro que también influía, y mucho, que de vez en cuando siguiéramos acostándonos. A ambos nos venía bien semejante acuerdo y evitábamos complicaciones. Como suele decirse, más vale malo conocido...

—¿Es importante? —mascullé, mirando a mi alrededor para no llamar la atención.

—Depende —canturreó ella para sacarme de mis casillas.

—Ve al grano —exigí.

—Acaba de llegar a tu despacho el inspector de Hacienda al que habías citado.

—Mierda... Entretenlo, haz lo que sea. Intentaré estar ahí antes de una hora —prometí, confiando en que el tráfico me lo permitiera.

Colgué la llamada y me dispuse a volver al lugar desde donde seguir observando todo el desarrollo del funeral de Ezequiel Zahner, pues muchos de los allí congregados eran peces gordos. Aparte de las autoridades locales, también habían acudido otros empresarios. Por supuesto, mi objetivo era comprobar cómo reaccionaban éstos ahora que el muerto dejaba libre el puesto de cacique local.

Caminé con cuidado y, al hacerlo, me di cuenta de que no era el único que miraba desde la distancia. Justo enfrente de mí se

encontraba una mujer, con una gabardina oscura y tacones ridículamente altos, que desentonaban en un ambiente tan formal como aquél; se escondía tras sus gafas de sol y llevaba el pelo recogido en un moño clásico, que contrastaba con el rojo intenso de sus labios, los cuales, por cierto, combinaban a la perfección con el color de sus zapatos. Daba la sensación de ser una abogada, una ejecutiva o algo similar. No tenía la certeza de adónde dirigía la vista, pero por el rictus de sus labios me dio la impresión de que estaba allí más por un compromiso que por otra cosa.

Yo tenía más o menos controlados a todos los asistentes, pues en los informes que manejaba sobre las actividades, legales e ilegales, de Zahner figuraban todos sus contactos y, como todos los de la vieja escuela, jamás tenía tratos profesionales con mujeres. Así pues, la presencia de aquella desconocida me intrigó. De nuevo sentí la tentación de hacer una fotografía; de ese modo, al llegar al despacho podría mandar investigarla y saberlo todo de ella.

El sacerdote terminó de recitar las frases de siempre y la desconocida se acercó hasta poder situarse en la primera fila. Lo que me dejó atónito fue que los demás le hicieron sitio sin rechistar y además mostraban un absoluto respeto por ella. Vi cómo la arropaban. Que yo supiera, aquel cabrón era viudo y dudaba que alguno de sus fieles servidores dejara acercarse por allí a una querida. Además, la mujer parecía joven, treinta y tantos, elegante, nada que ver con las fulanas con las que se dejaba ver Zahner en público.

Me quedé inmóvil cuando ella se agachó, cogió un puñado de tierra y, en vez de dejarlo caer sobre la tumba, como suele hacerse, es decir, con suavidad, para que la mano se vacíe poco a poco, lo tiró con cierta saña. Incluso pude notar que respiraba aliviada cuando los operarios del cementerio comenzaron a echar tierra con las palas, dando, por tanto, concluido el sepelio.

Yo tenía un compromiso ineludible y debía salir de allí pitando si quería llegar a tiempo a la cita con el inspector de Hacienda. Pero... ¿quién se entusiasma con una cita así? Nadie, desde luego, y menos yo, pues continuaba intrigado por saber quién era la mujer. Era la única en primera fila. Las demás asistentes, esposas de

aquellos hombres, se habían mantenido en segundo plano durante toda la ceremonia. Muy extraño...

Quise acercarme y ver si con un poco de suerte alguien hacía algún que otro comentario; sin embargo, no me fue posible, pues la mujer se alejó con rapidez, dejando a más de uno con la palabra en la boca. No dio pie a saludos ni a pésames, sino que se marchó del mismo modo que había llegado y todo con el máximo respeto de los congregados.

Ese detalle merecía al menos un poco de atención.

Caminé tras ella, manteniendo una distancia prudencial, en dirección a la salida. La mujer no miró ni una sola vez por encima del hombro. Andar tras ella me permitió, pese a estar en el lugar menos indicado, apreciar su figura, sus curvas y calcular así, a ojo, que mediría cerca de uno setenta y pesaría no más de sesenta y cinco kilos. Cuando llegamos a la entrada principal del cementerio, se detuvo un instante y me puse nervioso, pues quizá se había percatado de mi seguimiento. Miró a su alrededor y yo fingí comprobar el móvil mientras seguía caminando.

Pasé a su lado y atravesé primero las enormes puertas de hierro forjado. No me detuve hasta llegar al coche. Lo abrí y, sentado en el asiento del conductor, continué fingiendo que trasteaba con el móvil para así poder observarla. Desde donde estaba pude incluso hacer alguna foto, aunque de mala calidad. Tendría que servir. Ella se dirigió hasta un reluciente Opel Insignia negro y se sentó al volante. Fotografíé la matrícula y esperé a que se marchara antes de hacerlo yo también.

Arranqué el coche y enseguida oí *Du hast*, de los Rammstein, la canción que me había acompañado en el trayecto de ida. Maniobré con cierta impaciencia hasta incorporarme a la carretera. Conduje hacia mi despacho en los juzgados y, tras dejar el coche en la plaza reservada de parking, subí con rapidez, esperando que Estela hubiera sabido entretener al inspector de Hacienda. Confíaba en ella, era una mujer inteligente como pocas, decidida y con recursos de sobra. Por supuesto, su atractivo físico era innegable. Mientras estuvimos juntos creía conocerla bien, sin embargo, no sé por qué todo se fue a la mierda. Bueno, sí sé por qué: me

follé a su mejor amiga y ésta, lejos de mantener el pico cerrado, se fue pavoneando, así que Estela se puso hecha una fiera y rompió conmigo.

Sé que no debería haberlo hecho, pero también sé que nuestra relación estaba pasando por un bache. Ella se mostraba apática, distante, y yo, poco proclive a profundizar en la mente femenina más allá de lo imprescindible, un día estando de fiesta con mi mejor amigo, el canalla de Armando, me dejé llevar. Pasó lo típico: alcohol a raudales, minifalda borrosa y polvo rápido en el cuarto de baño de un pub. Lo que para mí fue algo insignificante, olvidable incluso, para ella por lo visto no, ni para la que era mi novia, que me llamó de todo menos *guapo*.

—Ya era hora —refunfuñó Estela, nada más verme aparecer delante de su mesa de trabajo.

Bien es cierto que siempre tenía un aspecto imponente, pero ese día se había superado. Llevaba un vestido de punto azul que, a pesar de no mostrar ni un centímetro de piel, marcaba todas y cada una de sus curvas. Las mismas que yo había recorrido mil veces con mis manos y que, si tenía suerte, podría llegar a tocar el próximo fin de semana.

A pesar de todo lo sucedido entre nosotros, seguía deseándola, quizá porque era de las pocas mujeres que se esforzaban por complacer a un hombre en la cama y porque, qué carajo, con los años me había vuelto un poco cómodo y las más de las veces no me apetecía estudiar un nuevo manual de instrucciones para comprender al ligue de turno.

—¿Sigue ahí? —pregunté, obviando su comentario y señalando la salita de reuniones anexa a mi despacho.

—Pues sí. Por lo visto está deseando explicarte no sé cuántas cosas —me respondió, consciente de que antes de formular la pregunta la había repasado de arriba abajo.

Me lo dijo con un tono tan sugerente que terminé sonriendo de medio lado y ella, tan perspicaz como siempre, me dedicó una de sus miradas patentadas que, de no tener una cita esperándome, habríamos acabado encerrados en el despacho, y no para ocuparnos del papeleo.



—Eso espero. Necesito esos informes —murmuré, aparcando los pensamientos sexuales que Estela me provocaba.

—Me debes una, recuérdalo —dijo, cuando yo estaba a punto de abrir la puerta. Arqueé una ceja a la espera de la explicación—. Bueno, para convencerlo de que te esperase, he accedido a cenar con él este sábado —comentó toda ufana.

Negué con la cabeza. A la mierda los planes para el fin de semana. Tendría que tirar de agenda.

—Está bien, te debo una —convine, dando a entender que se la devolvería muy pronto.

En la salita de reuniones, una estancia de lo más incómoda, por cierto, donde las sillas debían de tener más años que la orilla del río, pues del tapizado original no quedaba ya dibujo alguno, la mesa cojeaba por tres sitios y en verano te morías de calor, me esperaba el técnico de Hacienda con cara de impaciencia.

Me abstuve de recordarle que gracias a mi falta de puntualidad había logrado una cita con una espectacular rubia a la que probablemente no hubiera imaginado ni poder darle los buenos días. Me senté en el lugar que me correspondía y me olvidé de rubias, morenas y pelirrojas (nunca he tenido preferencia por ningún tipo de mujer en particular), y me concentré en los informes que el señor Abad me presentó.

Escuché atento las explicaciones sobre los movimientos de cuentas de Ezequiel Zahner en los dos últimos años. Como ya sospechaba, el pájaro tenía un entramado de sociedades para mover capitales y jugar al despiste. Leí también el último balance de una de sus empresas en apariencia más legal, una constructora que llevaba tres años consecutivos sin apenas actividad visible y con beneficios más que respetables.

La conclusión a la que llegamos el señor Abad y yo es que el difunto blanqueaba dinero a través de su empresa legal. Algo que ya sospechaba la policía judicial cuando me presentó el caso para que yo llevara las diligencias. Necesitábamos demostrar de dónde obtenía los ingresos que le permitían manejar aquellas cantidades que reflejaban sus cuentas.

Los compañeros de la policía, con Armando a la cabeza, sospe-

chaban que poseía un local de dudosa reputación, es decir, lo que venía siendo un club de carretera de toda la vida, camuflado como hotel, y en el que el señor Zahner no figuraba por ningún sitio. De ahí la dificultad de hallar el puente por el que el dinero pasaba de un negocio a otro, porque sin aquella conexión no teníamos un caso sólido y, encima, la posibilidad de llamarlo a declarar a él se había ido a la mierda.

Tras ponerme al corriente y decidir que nos reuniríamos otra vez en cuanto analizasen nuevos datos, me despedí del inspector de Hacienda. Regresé al despacho y entonces me acordé de que tenía un asunto pendiente: la misteriosa mujer del cementerio.

Busqué el iPhone y localicé las fotos. Tal como ya intuía, al haberlas hecho desde tan lejos y con el parabrisas del coche de por medio, la resolución era nula. Ni la alta calidad de mi teléfono podría adecentar aquellas instantáneas. Por suerte, sí había una que me servía, la de la matrícula del coche. Sólo tenía que levantar el auricular y hacer una llamada.

—Agente Láinez al habla.

—Hola, Armado, soy yo.

—¿Ya tienes plan para este fin de semana? Te lo pregunto porque he quedado con una vieja amiga de la universidad.

—¿Desde cuándo compartes? —pregunté riéndome.

—Hombre de poca fe... —se burló, y no me hacía falta tenerlo enfrente para saber que sonreía.

—No pienso salir contigo y con tu ligue para sujetarte la vela —aduje sin perder el buen humor.

—Yo nunca te haría algo semejante —se defendió, y no quise recordarle un par de ocasiones en las que, no contento con levantarme a la chica, había tenido que contemplar cómo se lo montaba con ella. Claro que hasta la fecha eso nunca nos había supuesto ningún problema, pues la solución era tan sencilla como dar una vuelta por la fiesta de turno y lanzar el anzuelo.

—No te llamo para hacer planes, sino para que me des información —le aclaré, centrándome en el motivo de la llamada.

—¿Qué necesitas?

Le di la matrícula del Opel Insignia y oí cómo él tecleaba para buscar los datos.

A diferencia de las películas americanas, en las que para saber a quién pertenece un vehículo hay que movilizar a todo el Departamento de Tráfico, con Armando bastaba con darle a la tecla y esperar unos treinta segundos a que apareciera la información.

—Cabronazo... —murmuró mi amigo y yo no entendí su reacción—. No me extraña que no quieras plan para este fin de semana.

—¿Me puedes decir a quién pertenece el coche y dejarte de majaderías? —exigí.

—A una tía impresionante. ¿Te la vas a llevar a la casa de la sierra o directamente a tu apartamento? —me preguntó con retintín.

—Dame los datos...

—Me vendría bien que este fin de semana me dejaras ese nidi-to campestre que tienes. Yo había planeado una pequeña fiesta, tú y yo con una vieja amiga y una compañera de trabajo, pero como veo que ya te lo has montado por tu cuenta...

Me eché a reír.

—Venga, dime a quién pertenece el Insignia y apúntame para este fin de semana. Estás mayor, viejo amigo, y no creo que tú solo puedas con dos mujeres.

—Entonces ¿para qué quieres los detalles sobre la dueña del coche?

—Es por trabajo, pedazo de salido —le reproché con guasa, y oí cómo se descojonaba al otro lado de la línea.

—Ah, usted perdone, señoría —replicó, utilizando un tono formal—. Con la venia, el vehículo pertenece a una tal Berenguela Zahner.

Se me cayó el auricular de las manos al oír ese nombre.

Había leído mil y un informes sobre la vida de aquel desgraciado y en ellos no constaba que tuviera parientes cercanos, a excepción de una hermana ya mayor que, cómo no, vivía en una residencia de ancianos de lujo; por otra parte, las mujeres de la familia jamás hacían negocios.

—¿Sigues ahí, Fabio?

—Sí —respondí, todavía confuso, tras recoger el móvil del suelo.

La mujer del cementerio no podía ser de ninguna manera la hermana. No cuadraba. Tampoco una sobrina, pues si fuera ése el parentesco ella llevaría el apellido paterno, que no sería Zahner, al no tener Ezequiel hermanos varones.

—Dame su dirección, por favor —le pedí a mi colega.

—Espero que sea por una buena causa. Por la foto, la chica está de toma pan y moja, ya me entiendes, y eso que casi nadie sale favorecido en las putas fotos de carné.

Anoté todos los datos que Armando me iba dictando, al tiempo que elaboraba teorías sobre el parentesco que debía de existir entre la desconocida y el muerto.

Y llegué a la indudable conclusión de que se trataba de su hija.

Una hija a la que, por cierto, él había mantenido al margen de cualquier documento oficial y de su vida.

—¡Joder, qué puto fallo! —exclamé, dando un golpe en la mesa.

Menos mal que la madera tenía más años que el hilo negro, porque de haber sido una de esas modernas de aglomerado, habría dejado mi puño marcado.